

El Arte Cariñoso de Propinar Nalgadas

Philip Lancaster

Una de las historias más tristes en la Biblia es la de Elí y sus hijos (1 Samuel 2 – 4). Elí era el sumo sacerdote de Israel en la generación anterior al Rey Saúl. Fue a él a quien le fue confiado el joven Samuel por parte de su madre Ana, para que fuese criado en la familia sacerdotal. Los hijos de Elí, Ofni y Finees, servían como sacerdotes bajo la dirección de su padre durante el tiempo que Samuel estaba siendo criado.

Sorprendentemente, las Escrituras registran que *“los hijos de Elí eran hombres impíos, y no tenían conocimiento de JEHOVÁ”* (2:12). ¿Qué? Los hijos de Elí, el hombre que cariñosamente le enseñó a Samuel a reconocer la voz del Señor (3:1ss.), ¿no conocían al Señor? ¡¿Los sacerdotes de Israel eran corruptos?!

Sí, y su corrupción no era de poca importancia. Se nos dice que despreciaban completamente la dirección del Señor en cuanto a cómo debían de administrarse los sacrificios del pueblo. Dios especificó cuidadosamente en Su ley cómo debían ser muertos los animales del sacrificio, qué partes habían de ser quemadas, y qué parte habían de recibir los sacerdotes como su porción. Sin embargo, los hijos de Elí ignoraron totalmente la ley de Dios por causa del apetito personal. Reclamaban las mejores partes de la carne del sacrificio para ellos mismos, y si el que hacía la ofrenda objetaba, simplemente amenazaban que tomarían la carne por la fuerza. *“Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de JEHOVÁ”* (2:17). Como si esto no fuese suficiente los hijos de Elí *“dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión”* (2:22). El pecado de estos sacerdotes era notorio. En lugar de impulsar al pueblo hacia la santidad, en realidad estaban dedicados a su corrupción.

Así que, ¿Cuál fue la reacción de Elí cuando *“oía de todo lo que sus hijos hacían con todo Israel”* (2:22)? He aquí el reporte: *“Y les dijo: ¿Por qué hacéis cosas semejantes? Porque yo oigo de todo este pueblo vuestros malos procederes. No, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo; pues hacéis pecar al pueblo de Jehová. Si pecare el hombre contra el hombre, los jueces le juzgarán; mas si alguno pecare contra Jehová, ¿quién rogará por él?”* (2:23-25). Esto suena como si fuese una reacción correcta. Él reprendió a sus hijos de una manera que mostraba la seriedad de sus ofensas. Pero no fue suficiente. *“Pero ellos no oyeron la voz de su padre, porque Jehová había resuelto hacerlos morir”* (2:25).

Unos pocos versos más adelante escuchamos las palabras de un profeta que el Señor había enviado para dirigirse a Elí. Habló las palabras del Señor: *“¿Por qué habéis hollado mis sacrificios y mis ofrendas, que yo mandé ofrecer en el tabernáculo; y has honrado a tus hijos más que a mí, engordándoos de lo principal de todas las ofrendas de mi pueblo Israel?”* ¡Obviamente Dios no estaba complacido! Él culpó a Elí por la conducta de sus hijos y le acusó de honrar a sus hijos más que a Dios. ¿Cómo podía ser esto? Elí había reprendido su pecado muy claramente. ¿Qué más podía haber hecho?

Aprendemos la respuesta cuando leemos el contenido de la primera profecía de Samuel, que fue una profecía de condenación sobre Elí y su casa. *“Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado”* (3:13). Aparentemente Dios consideró que la reprensión verbal que Elí le había

dirigido a sus hijos fue inadecuada. Se requería algo más que un regaño. El Señor esperaba que este padre en realidad “refrenara” a sus hijos y le pusiera fin a sus ofensas. Él estaba en la posición de autoridad. Sus hijos se hallaban bajo su control. Su fracaso de no ir más allá del regaño, en realidad hasta exigir y conseguir un cambio de conducta, fue un pecado lo suficientemente grande como para requerir el más severo de los juicios. *“Por tanto, yo he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de la casa de Elí no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas”* (3:14).

Dios toma muy en serio la responsabilidad de un padre de demandar y conseguir la conducta apropiada por parte de sus hijos.

¿Pero qué podía haber hecho Elí? Sus hijos ignoraron su reprensión. Eran adultos. ¿Podía haberlos colocado sobre sus rodillas y propinarles nalgadas? ¿Eso hubiera servido de algo? Claro está que era demasiado tarde para eso. Pero esa es precisamente la lección que necesitamos aprender de esta historia: un padre debe entrenar a sus hijos a obedecer cuando son jóvenes porque cuando ya hayan crecido será demasiado tarde. Elí había sido, obviamente, un padre permisivo y no había hecho demandas a sus hijos. Ajá, aparentemente los regañaba cuando hacían algo malo. Pero aprendieron que esto no significaba nada. Ellos podían continuar y hacer lo que les placía sin ninguna consecuencia.

Elí debió haber refrenado la conducta de sus hijos cuando estaban creciendo; entonces no hubiese tenido que lidiar con sus vergonzosas ofensas cuando fuesen mayores. Aún entonces debió haber destituido a sus hijos y, si hubiese sido necesario, hacer venir a los Levitas quienes ayudaban en la labor del templo para retirar a sus hijos de su servicio sacerdotal. Él tenía el poder para hacer eso, y eso es lo que el Señor esperaba de él. Pero no estaba acostumbrado a refrenar a sus muchachos y continuó con los patrones que aparentemente había establecido desde hacía mucho: reprender el pecado, pero sin colocar en realidad una restricción física sobre la conducta.

LA VARA: UN MEDIO DE GRACIA

Para no repetir el pecado de Elí debemos aprender cómo entrenar a nuestros hijos cuando son jóvenes, y específicamente, debemos aprender cómo entrenarles de una manera que vaya más allá de la reprensión hasta el hecho de hacer cumplir los estándares de Dios sobre lo bueno y lo malo. Pero, ¿cómo se hace esto? ¿Cuál es el método de Dios para hacer cumplir la respuesta apropiada por parte de nuestros hijos? ¿Cómo “refrenamos” sus acciones, incluso al punto de tomar medidas físicas para asegurar los resultados?

La solución ofrecida en la Escritura es la vara. *“No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol”* (Prov. 23:13-14). A los padres se les otorga la herramienta del castigo corporal para moldear la conducta de sus hijos. La vara representa la autoridad del padre (y por lo tanto, también la de la madre, pues ella comparte su autoridad como su ayuda idónea). Es el medio que tiene el padre para restringir físicamente la mala conducta de sus hijos y de alinearlos con los estándares de Dios.

El golpear con una vara es algo no aceptable para los psicólogos modernos quienes piensan que saben más que Dios. Estos falsos maestros ven la aplicación de nalgadas como una forma de violencia, de abuso infantil. Bueno, ciertamente es un uso suave y restringido de la fuerza y el dolor (no violencia); pero no es abuso infantil. Es una dosis cuidadosamente administrada de daño superficial que tiene el propósito de producir arrepentimiento y un cambio de conducta.

Sabemos que es restringida porque el proverbio nos dice que el niño castigado con vara “*no morirá.*” El objetivo no es el daño serio. El objetivo es dolor que resulta en un cambio de corazón y de acciones. El “abuso infantil” sería definido, desde la perspectiva Bíblica, como el fracaso de no usar la vara. ¡Aquellos que desdeñan su uso no aman a sus hijos lo suficiente como para salvar sus almas del infierno! Así como los hijos indisciplinados de Elí crecieron hasta llegar a convertirse en rebeldes incorregibles, destinados al más severo de los juicios, así cualquier niño al que se le retiene la vara se halla en peligro del infierno. Esa es la razón por la cual otro proverbio concluye: “*El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige*” (13:24).

Los proverbios le presentan a los padres las siguientes opciones: les pueden dar a sus hijos un momento de dolor físico o una eternidad de dolor de tormento para el alma. La vara es el medio que Dios ha diseñado para transformar a los hijos de rebeldes en obedientes. “*La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él*” (Prov. 22:15). Un necio en los Proverbios no es un simplón o una persona simplemente ingenua; es un rebelde. Así que, cuando el versículo nos dice que la necedad está ligada en los corazones de los hijos, está diciendo que tienen una tendencia profundamente arraigada hacia la rebelión. Está tan profundamente arraigada que el mero regaño no va a desplazarlo del corazón. Se requieren medidas más drásticas. Y Dios promete que el castigo corporal con la vara va a tener un efecto benéfico: sacará la rebelión del corazón. Si Elí hubiera hecho esto con sus muchachos cuando eran jóvenes no hubiese pasado por esa pena tan profunda cuando fueran mayores.

Esta es una verdad sorprendente. En la vara tenemos un auténtico medio de gracia, una medida que es parte de lo que Dios usa para transformar nuestros hijos de una prole rebelde de Adán en hijos obedientes de Dios. Ahora, claro está, no hay gracia evangélica en la vara en sí misma. El instrumento físico para propinar nalgadas no tiene un efecto directo sobre el alma, y no obstante, muchos que por haber sido castigados físicamente en la niñez han sido moldeados hasta llegar a ser adultos decentes y morales no han rendido sus voluntades a Cristo como Señor y Salvador. Sin embargo, Dios usa la aplicación de dolor físico, por parte del padre Cristiano, como parte del proceso de abrir el corazón de un niño hacia el Señor. ¿Cómo puede un niño que tenazmente se resiste a la autoridad de sus padres abrirse al evangelio de la gracia en Cristo? Los rebeldes no se inclinan ante la cruz. Pero, mientras se libera el corazón de sus instintos de rebelión por medio del escarmiento, el alma se abre a las mayores influencias misericordiosas del Espíritu Santo, lo cual conduce al niño a la salvación.

CUANDO NO USAR LA VARA

Está claro que el padre piadoso querrá hacer uso de la vara debido a que ama a sus hijos y quiere ver que sometan todas sus vidas al Señor y evitar los dolores del infierno. Pero, ¿cuándo se debe usar la vara? ¿Golpeo a mis hijos cada vez que hacen algo malo? Ya debiese ser claro, a partir de las escrituras a las que hemos hecho referencia, que la vara se usa para tratar con la rebelión. “*Preparados están juicios para los escarnecedores, y azotes para las espaldas de los necios [rebeldes]*” (19:29). Clarifiquemos el asunto echando una mirada a algunos ejemplos que los que no debiese usarse la vara.

Primero, la vara no debiese usarse para corregir la simple inexperiencia o la puerilidad infantil. Un niño de dos años que derriba una planta en una maceta sobre la mesa del café en la casa de unos amigos no está siendo rebelde; está siendo curioso. No sería apropiado propinarle nalgadas por hacer lo que es natural en esta edad de exploración. Ahora, si el pequeño persiste en tocar la

planta después de haberle dicho con firmeza, “No, no toque,” entonces un firme golpe en el trasero con la vara será lo indicado dado que el acto se ha elevado al rango de rebelión debido al mandamiento del padre.

Segundo, la vara no debe usarse en respuesta a accidentes. Cuando una niña de nueve años se tropieza en las gradas llevando los víveres y rompe todo excepto uno de los huevos del cartón, no está siendo rebelde. Quizás es torpe, y esta torpeza puede corregirse por medio del entrenamiento, pero la torpeza no es sublevación. Darle nalgadas al niño cuando rompe algo sin querer puede hacer que el padre se sienta mejor (especialmente si era el plato de porcelana de la abuela el que se quebró), pero es probable que amargue el corazón del niño dado que siente la injusticia del ataque en su contra.

Tercero, la vara no debe usarse cuando un niño muestra una falta de habilidad para cumplir una tarea. Sería un despilfarro escandaloso de castigo corporal darle nalgadas a un niño que estaba teniendo problemas aprendiendo como conducir una bicicleta, o en cuya escritura a mano persistiera el descuido y el desarreglo a pesar de sus esfuerzos reales de hacerla con cuidado. La vara tiene el propósito de cambiar el corazón. No crea un sentido de equilibrio o una mano firme. Un padre que recurra a dar nalgadas cuando un niño está alcanzando los límites de su habilidad en una tarea es una forma de abuso infantil (aunque no es asunto del estado).

La vara es para las espaldas de los necios. Su uso debe estar cuidadosamente reservado para aquellos momentos cuando un niño está sublevándose claramente contra la autoridad. Lo cual nos trae a la pregunta, ¿Cómo definimos rebelión? ¿A qué se parece? O para decirlo más positivamente, ¿A qué se parece la obediencia?

LA NATURALEZA DE LA VERDADERA OBEDIENCIA

Mi diccionario manual de escritorio define obediencia como tanto “un acto o caso de obediencia” como “la cualidad o estado de ser obediente.” Alguien que es obediente es “sumiso a la restricción o mando de la autoridad: dispuesto a obedecer.” Obtenemos el sentido, que ciertamente concuerda con la Escritura, que la obediencia no es solo un asunto de conformidad externa a la voluntad de otro; involucra la actitud que yace tras la acción. La obediencia no es solo hacer lo que una autoridad quiere, es hacerlo de una cierta manera. Consideremos la naturaleza de la verdadera obediencia.

Primero, la verdadera obediencia es obediencia pronta. A los niños se les ordena honrar a sus padres (Éxo. 20:12) como parte de su obligación general de honrar toda la autoridad, y en última instancia la autoridad de Dios mismo. Esta actitud de honor se hace evidente mientras los niños responden al mandamiento de “*obedeced a vuestros padres en el Señor, pues esto es justo*” (Efe. 6:1). ¿Está Dios complacido si Él me manda a hacer algo y me tomo mi tiempo respecto a responder? No, la verdadera obediencia, la que brota de honrar a Dios y a aquellos que Él ha colocado en autoridad sobre mí, es obediencia pronta. Si el corazón es sumiso hará que el niño quiera responder inmediatamente cuando se da un mandamiento. La dilación y el entretenerse sugieren que no quiere obedecer y lo está postergando dado que en el momento no le es conveniente. La obediencia pospuesta debe ser tratada como desobediencia. No es obediencia “*en el Señor.*”

Segundo, la obediencia verdadera es obediencia completa. Así como la obediencia postergada es una afirmación de auto-voluntad en cuanto al tiempo del acto de obedecer, así la obediencia

incompleta es una afirmación de la voluntad en cuanto a la cantidad de conformidad necesaria. El rey Saúl no destruyó a todo el pueblo y todos los bienes de los Amalecitas como Dios lo había ordenado. Aún así presumió ante Samuel *“yo he cumplido la palabra de JEHOVÁ”* (1 Sam. 15:13). Luego que Samuel confrontara a Saúl con la evidencia de su fracaso de obedecer plenamente y de haber rechazado sus excusas, le preguntó al rey, *“¿Por qué, pues, no has oído la voz de Jehová?”* (v. 19) Samuel pensó que el 90% de la obediencia era suficientemente bueno. Dios tenía una norma de medir diferente: Él requería el 100% de conformidad a Su voluntad. Si a mi hija de seis años se le dice que traiga todos los utensilios de comer que están en la mesa a la cocina y los trae todos excepto los vasos de vidrio, eso no es obediencia, no importa cuán prontamente los haya traído. Puede que se haya imaginado que alguien más podría haberle ayudado. Puede que haya decidido que sería conveniente dejar los vasos para que estuviesen a mano para la siguiente comida. Puede haber pensado un montón de cosas para justificarse, pero el 90% de la obediencia es desobediencia.

La necesidad de obediencia completa por parte del niño sugiere la necesidad de que el padre sea muy claro al dar direcciones. Si el mandamiento es impreciso, la obediencia no puede ser exacta, y sería erróneo darle nalgadas a un niño que simplemente no entendió lo que se esperaba de él. Ahora, claro está, todos sabemos que los niños pueden aprovecharse de la situación y afirmar que no entendieron o no escucharon, pero todo eso pone de relieve la necesidad de ser claro. Es mejor tener contacto visual con el niño para asegurarse de que su orden sea escuchada, y quizá hacer que se repita el mandamiento por si hay alguna tendencia en el niño a “malinterpretar” o a “no escuchar.” También es buena idea requerir un “Sí, señor” o “Sí, señora” como señal de que la directriz fue escuchada y entendida.

Tercero, la verdadera obediencia es obediencia alegre. Aquí entramos a fondo en el asunto de la actitud. Dios está siempre más interesado con la actitud del corazón que con las acciones externas, aunque ambas son importantes. El gran error de los Fariseos estaba en pensar que Dios se ocupa solamente de la conformidad externa a Su voluntad. Jesús les dijo que se miraban fantásticos por fuera, como una tumba hermosa, pero que por dentro estaban llenos de huesos de muerto y de toda inmundicia (Mat. 23:27). Sus corazones estaban lejos de Dios, aunque se preocupaban escrupulosamente respecto a ser justos en lo exterior. Las denuncias más mordaces de Jesús estuvieron reservadas para aquellos que pensaban que el agradar a Dios era solo un asunto de exterioridades y quienes dejaban sus corazones fuera de su religión.

Al anunciar las maldiciones que Él enviaría sobre Su pueblo cuando no guardaran Su pacto, el Señor dijo, *“Por cuanto no serviste a JEHOVÁ tu Dios con alegría y con gozo de corazón, por la abundancia de todas las cosas, servirás, por tanto, a tus enemigos...”* (Deut. 28:47, 48). Algunas veces el pueblo de Dios obedece de mala gana en lo externo, pero sus corazones no están en ello. Miran los mandamientos de Dios como gravosos y se irritan, aún mientras obedecen en lo exterior. Dios no acepta tal conducta. Él quiere que aquellos que le sirvan lo hagan con alegría.

Nuestros niños deben no solamente conformar sus acciones a los mandamientos que les damos, también deben hacerlo con un espíritu alegre y sin quejas. Esto no quiere decir que no puedan pedir una clarificación para asegurarse que entienden lo que se espera, sino que su actitud debe ser la correcta. No les está permitido renegar, o lanzar un gran suspiro de disgusto, o “retorcer” los ojos, o fruncir el ceño, o sacudir sus cabezas, o alejarse de nosotros con un lenguaje corporal que comunique desprecio. Tales conductas evidencian claramente un espíritu no sumiso aún si está acompañado de acciones externas de conformidad a las directrices dadas. La vara debe usarse en tales casos tan seguramente como si el niño hubiese rehusado categóricamente a obedecer del

todo.

El dejar de disciplinar por la rebelión interna, lo mismo que por la rebelión externa, es asegurarse que el corazón va a permanecer sin ceder. El resultado será que crearemos niños que aprenderán a hacer lo que se les dice, pero cuyos corazones siguen siendo auto-voluntariosos, como el niño a quien se le dice que se siente y lo hace, pero que rezonga entre dientes, “pero por dentro estoy todavía de pie.” Si se permite que persista este tipo de actitud, como sea que se exprese, un padre terminará produciendo Fariseos quienes acatarán en lo exterior pero cuyos corazones estarán llenos de podredumbre.

Así que, la obediencia no es hacer lo que se me dice cuando siento que ya no puedo seguirla evadiendo. No es hacer la mayor parte de lo que se me dice. No es hacer lo que se me ha dicho con un espíritu quejumbroso y abatido. La obediencia es hacer lo que mi autoridad me dice que haga, y hacerlo prontamente, completamente y alegremente. Cualquier otra cosa es rebelión y requiere la vara de corrección.

Ahora debemos tratar con la pregunta de qué se quiere dar a entender con el uso de la vara. ¿Qué es una vara? ¿Cómo debe un padre propinarle nalgadas a un niño?

¿QUÉ ES UNA VARA?

La vara de corrección en Proverbios no es algún tipo de artefacto de tortura de alta tecnología. Es simplemente un palo, una pieza de madera. Mi abuela de Carolina del Norte lo llamaba un interruptor. (La primera vez que la escuché amenazarme con su uso pensé que estaba planeando algún tipo electrocución, aunque yo creía que eso estaba un poco fuera de proporción con mi ofensa.) Un padre Hebreo tomaría una pequeña rama de un árbol, una que fuese lo suficientemente sólida para infligir dolor en su aplicación en las regiones traseras, pero lo suficiente flexible como para no ocasionar un daño real. Yo he usado una vara (no plana, sino más bien en forma de rodillo) que compré en la ferretería, de alrededor de 5/16 de pulgada por 18-24 pulgadas, lo cual parece el balance correcto de peso y flexibilidad.

Como en todo, estamos más seguros cuando nos adherimos con apego a la sabiduría dada en la Escritura. ¿Podríamos sustituir la vara de madera por cualquier otra cosa? Quizás, pero ¿por qué deberíamos? Muchos padres, los míos incluidos, han usado una robusta faja de cuero. Esta opción puede ser bastante efectiva. El único peligro es si el padre se deja llevar un poco y golpea al niño con la hebilla (esto le pasó una vez al muchacho de la par - ¡un gran *ouch!*). Algunos usan cucharas de madera de la cocina, que se parecen razonablemente a una vara. El mango de una brocha es demasiado endeble, excepto quizá para el trasero descubierto de los niños pequeños. Una vez miré una paleta especialmente diseñada hecha de una pesada madera que tenía alrededor de un pie de largo y 3/4 de pulgada de espesor con bordes redondeados y una empuñadora de mano en un extremo. Esto era demasiado sólido para ser una vara: Ud. podía matar a alguien con esa arma. Otros han promovido versiones plásticas de la vara. Mi principal objeción para ellos es que no van a quebrarla, como sucede con una vara de madera, si la usan con mucha fuerza.

Hay un valor real en tener un único instrumento que sirva como la vara de disciplina en lugar de cualquier otro objeto casero que esté a mano. La vara entonces llega a simbolizar la autoridad disciplinaria de los padres y se usa solamente para castigo corporal. Una faja o una cuchara tienen otros usos cotidianos y son símbolos confusos.

Es bueno evitar el uso de la mano como medio para dar nalgadas. La mano en los Salmos simboliza la dirección de Dios (139:10), la provisión de Dios (104:28; 145:16), y la liberación y ayuda de Dios (37:24; 119:173; 144:7). También ilustra la disciplina (32:4) pero no en el sentido de ser golpeado por la mano de Dios. La mano sí empuña la vara, y es el padre quien está aplicando la disciplina, pero el uso de un instrumento neutral recalca que el padre no está actuando en su propio derecho y para sus propios fines sino que está representando la autoridad de Dios al asumir la forma de castigo que Él ha ordenado. No es venganza personal que se está volcando sobre mi hijo; es el escarmiento que Dios me ha autorizado que use mientras actúo en Su nombre.

CÓMO PROPINAR LAS NALGADAS

Sabemos cuándo administrar castigo corporal: es por la rebelión contra la autoridad; es por la desobediencia. Sabemos qué usar para administrar ese castigo: la vara. Ahora abordemos los aspectos prácticos de cómo aplicar la vara. ¿Cuál es el proceso por el que deberíamos de pasar cuando nuestros hijos requieren una nalgada?

La primera cosa a destacar es que una nalgada debería darse prontamente después de la ofensa. Eclesiastés 8:11 dice, *“Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal.”* Así como la obediencia del niño debiese ser pronta, así también la sentencia por la desobediencia debiese llevarse a cabo con prontitud. La justicia retardada no es verdadera justicia. *“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige”* (Prov. 13:24). Es importante asociar el crimen con el castigo para reforzar el hecho que las acciones tienen consecuencias.

También es poco cariñoso hacer que el niño espere con temor el dolor que él sabe que se ha ganado. Mi bisabuelo solía decirles a sus muchachos cuando desobedecían que era seguro que venía sobre ellos un castigo físico. Luego podía esperar una o dos semanas y de pronto, mientras él y sus hijos estaban caminando por el sendero, tomaba una vara y les decía a los muchachos que era tiempo de darles aquel castigo que les debía. ¡Hábleme respecto a exasperar a un niño (Efe. 6:4)! Es seguro que tal manera de manejar la disciplina tentará al niño a despreciar a su padre. No, el castigo no debe ser tardado.

Las nalgadas deben ser administradas por el padre si está presente (y por la madre en su ausencia). Él porta la autoridad de la vara como cabeza del hogar y él debiese aplicar la disciplina cuando está con el niño ofensor. Esto debe aplicarse aún si está en el sótano reparando la plomería mientras Mamá está fuera en el jardín con los niños. Cuando uno de ellos le desobedece a Mamá, ella debiese llamar a Papá para que administre la disciplina. Esto le honra como el líder de la familia y le reafirma al resto de la familia que Papá está a cargo. La falla de obedecer a Mamá no fue solamente una ofensa contra ella, fue también un pecado contra el padre cuya autoridad en el hogar (delegada a su esposa) ha sido desafiada. Además, como ya hemos señalado, la fuerza requerida para propinar nalgadas es ejercida más convenientemente por un hombre que por una mujer.

Ahora, es importante que la madre no se convierta en la consoladora mientras que el padre llega a ser el chico malo. Ella debe respaldar el rol de él como principalmente disciplinario y no permitir ningún intento por parte del niño de poner a los padres en oposición el uno contra el otro. Como veremos más abajo, cuando Papá nalguea a un niño, él mismo debiese terminar confortándole. Luego la Madre recibe al niño de regreso, como uno que ha sido apropiadamente castigado y que

ha sido devuelto al compañerismo, pero ella no debe dar consuelo de una manera que sugiera que Papá estaba equivocado al propinar las nalgadas o que fue demasiado severo. Como ayuda del hombre, la esposa debe permanecer a su lado mientras él trata con las almas de sus hijos.

Cuando Papá no está en el hogar, Mamá debe tomar la responsabilidad de las nalgadas. Ella debiese usar la misma fuerza y demandar el mismo respeto que se le expresa a su esposo (aunque podemos ver fácilmente la desventaja de tener a los padres fuera de casa la mayor parte del tiempo). No debe usar la frase, “Solo espera a que tu padre venga a casa” puesto que la disciplina debe ser pronta y ella tiene el derecho de ejercer la autoridad de su esposo en su nombre como si él mismo lo estuviera haciendo. Habiendo dicho esto, no es inapropiado que un padre, cuando llega a casa, use la vara en un niño que ha mostrado un espíritu general de desobediencia durante el día con su madre. Además, cualesquiera que hayan sido las nalgadas que el pequeño recibiera por sus manos (las de la madre) por ofensas específicas, su Padre puede tratar con la actitud general de falta de cooperación que constituye una ofensa distinta contra la autoridad del padre quien ha dejado a la madre a cargo. “Mamá te castigó por no limpiar tu habitación cuando te dijo que lo hicieras, por golpear a tu hermano y por tirar la muñeca de tu hermana. Te estoy propinando estas nalgadas por irrespetar a mi esposa y asistente al no obedecer sus órdenes como si no fuesen órdenes.”

El padre no debiese propinar nalgadas con ira. Ahora, la ira no es inapropiada para una persona cuya autoridad ha sido rechazada o ignorada. Pero debiese esperar hasta que su ira pase para que no se vea tentado a ser violento mientras está usando la vara. Debe estar en pleno control de sus emociones cuando se sienta para comenzar el ritual del castigo corporal. Se supone que ha de reflejar el carácter de Dios, el Padre, quien siempre actúa para nuestro bien. Para el padre el propinar nalgadas no es una manera de desquitarse con el niño, y castigar de esta forma con ira no producirá resultados piadosos. Santiago nos advierte que *“la ira del hombre no obra la justicia de Dios”* (1:20). El uso de la vara debiese acercar al padre y al niño, pero el propinar nalgadas con ira tendrá el resultado opuesto y puede endurecer el corazón del niño y hacerle menos responsivo a los señalamientos de la gracia.

En cuanto al propinar nalgadas en sí. Debiese llevarse a cabo en privado para enfocar la atención del niño en el padre y para eliminar cualquier otra influencia (sin mencionar la amenaza de llamadas 1-800 si disciplinas en público). La razón para el castigo debe ser clarificada para que el niño entienda exactamente porqué está a punto de experimentar dolor. En este punto será bueno identificar no solamente la ofensa específica, sino el problema raíz y también cualquier principio escritural aplicable: “Arrojaste la muñeca de tu hermana aún cuando te hemos dicho que dejes en paz las cosas de tu hermana. Cuando haces eso estás quebrantando el octavo mandamiento de Dios (no robar) que enseña la necesidad de respetar la propiedad de otros. Por esa razón tengo que castigarte. Es la responsabilidad que Dios me ha dado como tu padre, para que aprendas a obedecer a Dios.” Para que el niño sea capaz de arrepentirse verdaderamente, él debe entender su ofensa como un pecado, un pecado contra Dios lo mismo que contra su hermana.

Para las nalgadas en sí el niño debe ser puesto en una buena postura física para el acto. Los niños más pequeños pueden ser puestos sobre las rodillas o en el regazo. A los niños mayores se les puede decir que se tiendan sobre una silla o el borde de la cama. Parte de la responsabilidad del niño al recibir la disciplina es cooperar con el proceso y asumir la posición necesaria sin quejarse.

Hablando de quejas, el niño debe tener una actitud de sumisión durante el proceso. No se le debe permitir que proteste o resista a su intento de ponerle sobre su regazo. Debe tener una actitud

sumisa al aceptar la necesidad de disciplina y recibirla de buen grado. Si sigue con la misma actitud y resistiéndose esto en sí llegará a ser otra ofensa que requiere otra nalgada.

La Escritura nos dice la parte del cuerpo que recibirá los azotes: “*Preparados están juicios para los escarnecedores, y azotes para las espaldas de los necios*” (Prov. 19:29). Dios ha diseñado un área del cuerpo para recibir castigo corporal. Las espaldas, las nalgas y la parte posterior de la parte más alta de las piernas son un lugar seguro para los azotes dado que no son partes vitales del cuerpo que puedan ser heridas accidentalmente en el proceso, y las últimas dos partes son preferibles dado que están más alejadas de la cabeza y tienen más “relleno” natural (y son menos probables de ser visibles a alguien más en caso de que algunas “marcas” permanezcan por un poco de tiempo).

¿Qué tan fuerte y por cuánto tiempo propinar nalgadas? La idea del castigo corporal es infligir suficiente dolor para quebrar la voluntad sin causar un daño serio. En la traducción del Rey Jacobo (*King James*) de Proverbios 19:29 se recomienda “*latigazos para la espalda de los necios.*” Esto sugiere que un azote apropiado será lo suficientemente fuerte como para dejar marcas: líneas rojas o incluso posiblemente verdugones que desaparecen después de poco tiempo. ¡Se supone que las nalgadas han de doler! El mero golpecito con la vara, o dar nalgadas a través de capas de ropa y pañales, no será algo efectivo. Es el dolor el que obra quebrantamiento. Puede que un padre necesite enseñarle a su esposa como usar la vara en su ausencia. La mayoría de las mujeres son, por naturaleza, más suaves y encuentran difícil aplicar suficiente dolor al propinar nalgadas para lograr el resultado deseado. Pero sin dolor una nalgada es una pérdida de tiempo y solamente servirá para frustrar tanto al padre como al niño.

Su objetivo debiese ser propinar las nalgadas hasta que produzca un lloro de arrepentimiento por parte del niño. Algunos niños comenzarán a llorar antes que la vara siquiera haga contacto con sus traseros, pero no son las meras lágrimas lo que usted está buscando. Otros niños responderán a los azotes con la vara llorando en protesta o de ira, pero esto definitivamente no es lo que usted está buscando. Esta respuesta debe distinguirse de un llanto que señala que el niño está cediendo su voluntad y está sucumbiendo al dolor. Quizá esto suene cruel, pero ¿cuál piensa usted que es el punto de propinar nalgadas? Si no es un gesto o un evento simbólico, entonces debemos seguir adelante provocando un dolor real, a pesar de nuestras sensibilidades. El dolor es lo que Dios usa para quebrantar la voluntad y producir un espíritu sumiso. Llámelo amor fuerte. Solo recuerde que está batallando por el alma de su niño, y el Señor espera que usted persista hasta que gane la batalla por su vida. Dios le tendrá a usted por responsable si no refrena la conducta de su hijo y le entrena para ceder a la autoridad. La vara es su herramienta hacia ese fin.

Una vez que se ha administrado la disciplina usted no ha terminado. Es momento para el tiempo de seguimiento más importante de todos. Este es un momento muy importante en su relación con su hijo. No le permita que salga corriendo mientras llora o que corra del todo. Hay varias cosas que ahora usted tiene como propósito hacer en este momento, una vez que su llanto haya pasado.

- 1.** Busque una confesión de pecado por parte del niño (si no se hizo antes de propinar las nalgadas) y diríjale a pedir perdón. Esto coloca todo el evento en su luz apropiada y mantiene el enfoque sobre el motivo piadoso para la disciplina.
- 2.** Expresé perdón y amor por el niño. Consuélele y téngalo muy cerca. Recuerde que le disciplinó porque lo ama, no porque lo odie (Heb. 12:6). Debe asegurarle verbalmente su amor.

3. Ore por el niño. Pídale al Señor que lo perdone y que obre obediencia en su corazón. Sería bueno si el niño fuera capaz, y estuviese dispuesto, a orar, pero esto no es necesario. El padre puede interceder a su favor en este momento.
4. Planee la restitución. La Biblia aclara que cuando se hace un mal a otra persona el ofensor debiese compensar a la persona dañada (e.g., Éxo. 22:5). Si hubo alguien dañado por sus acciones, al niño se le debe requerir que pida perdón a esa persona. Si la propiedad fue dañada, debiese ser reemplazada, incluso con más. Si la herida fue intangible, quizá una palabra hiriente, al niño se le debe requerir que realice ciertos actos de servicios a favor del ofendido. Los padres deben ser creativos para considerar si hay alguna manera de hacer restitución. Esto enseña una lección valiosa sobre el costo del pecado. Cuando se hace todo esto, es tiempo de despedir al niño, quizá con un abrazo final.

NUNCA DEMASIADO JOVEN O DEMASIADO VIEJO

Una pregunta final que puede surgir: ¿Para cuál edad del niño es apropiada la disciplina con vara? La respuesta simple es, a cualquier edad que evidencie una conducta necia (rebelde). No hay edad demasiado joven o demasiado vieja. Ahora, en la práctica, cuando un niño es muy joven puede ser difícil discernir cuándo una cierta conducta es una falta de sumisión. Ni parece apropiado tomar a un nene de nueve meses en su regazo y azotarle sus piernas descubiertas con una vara. Por otro lado, hay ocasiones cuando está claro que el infante no está consiguiendo lo que quiere, de manera que llora como protesta. Esta es una forma de sublevación que debiese ser aplacada de raíz. Uno o dos golpes moderados en las piernas con un firme No, parece ser proporcional a la ofensa. Quienes esperan hasta que un niño tenga dos o tres años para comenzar a propinar nalgadas están esperando, definitivamente, demasiado tiempo. La voluntad del niño se evidencia bien antes de eso y se debe tratar con ella en sus manifestaciones más tempranas. La palabra “*temprano*” en Proverbios 13:24 puede ser traducida mejor como “*al principio*,” lo que daría la siguiente expresión: “*El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige.*”^{*} Nunca es demasiado temprano para el escarmiento cariñoso.

Y nunca es demasiado tarde. No hay nada en la Biblia que sugiera que una vez que un niño alcance una cierta edad o tamaño sea inmune a esta forma de castigo. Los Proverbios no hacen tal distinción. El necio de cualquier edad merece azotes en su espalda por su desobediencia deliberada (19:29). Esta incluso podría ser una forma apropiada de disciplina que el gobierno civil use contra los necios que perturben la paz y el orden de la comunidad. Pero, ciertamente, siempre es apropiada en la familia. Claro está, existe un serio problema si un muchacho de 16 años hace algo que le señale como un necio, requiriendo así la vara. Si el castigo ha sido usado consistentemente a través de los años, es difícil imaginar que sea necesario a esa edad. Si no se ha usado consistentemente puede que no sea efectiva una vez que el niño tenga esa edad. Vienen a nuestra mente los hijos de Elí con quienes comenzamos este estudio. Ellos necesitaban restricción, pero ¿cómo refrena a alguien que ya ha crecido y que todavía tiene la necedad atada a su corazón? Una vez más llegamos a la conclusión que es absolutamente vital comenzar el proceso temprano y evitar así la posibilidad de tratar de domar la voluntad de un niño casi totalmente crecido.

EL COSTO DE SER PADRES

^{*} Nuestra versión Reina-Valera en Español usa la expresión “*temprano*.” (N. del T.).

Es evidente que el uso de la vara tiene un costo considerable adherido a ella. El hacerlo correctamente requiere que el padre deje de hacer lo que está haciendo y tome unos pocos minutos para tratar con el pecado de su hijo. Francamente, hay ocasiones cuando cualquier padre preferiría dejar que una ofensa siga que pasar por todo este proceso. O le gustaría dar simplemente unos pocos y rápidos azotes con la vara y estar satisfecho con eso. Pero cualquier atajo en el proceso se toma a riesgo de perder los beneficios que Dios se propone producir con la vara.

He escuchado a padres decir que tendrían que pasar todo el día propinando nalgadas a sus hijos si respondieran a cualquier caso que requiriera esa respuesta. Esta es una indicación de que el niño ya ha ganado la batalla por el control: no se está sometiendo a la autoridad paterna, pero los padres se han dado por vencidos tratando de controlarle. Probablemente también indica que los padres no saben cómo aplicar la vara apropiadamente. En este caso el padre debe comprometerse consigo mismo a comenzar inmediatamente a obtener el control de su hijo o hija. Si usa la vara a la manera en que lo hemos descrito va a obtener resultados. Puede ser duro por un poco de tiempo mientras el niño trata de ver si Papá habla en serio sobre estar a cargo, pero eventualmente cederá si la disciplina se lleva a cabo correctamente.

El uso de la vara no tiene que ver solo respecto al desarrollo del carácter del niño. Tiene que ver también con el carácter y la fidelidad de los padres. Se requiere fe, coraje, determinación y sabiduría para usar la vara efectivamente en el proceso de entrenamiento. El proceso que hemos descrito aquí no le llega de manera natural a cualquier padre. Hemos de estar convencidos que es un asunto de obediencia el emplear este método de entrenamiento del niño. Pero, a medida que actuemos en fe y obediencia, descubriremos que Dios es fiel para usar los medios que Él ha ordenado para moldear nuestros hijos hasta que lleguen a ser adultos que teman a Dios, quienes estén motivados a someterse al Señor por amor.

En todos nuestros esfuerzos para entrenar a nuestros hijos debemos recordar la total futilidad de nuestras labores aparte de la bendición de Dios. No hay una conexión mecánica entre una nalgada y un cambio en el niño. Debemos bañar todos nuestros esfuerzos en oración, reconociendo que, a menos que el Señor cambie el corazón del niño, nuestra labor es en vano. Pero gracias sean dadas a Dios, Él en verdad es fiel en usar la vara como un medio de gracia a medida que la aplicamos fielmente, y con fe en la actividad llena de gracia de nuestro Padre celestial en los corazones de nuestros hijos.